

JAN 15 1947

De Wáshington a Puerto Rico

Por WILLIAM J. DORVILLIER

Negociado de EL MUNDO en Wáshington

WASHINGTON.— Aun antes de tener oportunidad de organizarse a plenitud, el nuevo Congreso ha tenido una buena muestra de información respecto de la situación general de Puerto Rico.

El comisionado residente Fernós Isérrn se ha mostrado activo en extremo trabando conocimiento con sus colegas de la Cámara, y varios importantes republicanos han visitado su oficina para presentarse ellos mismos.

El gobernador Jesús T. Piñero, entre tanto, ha dividido su tiempo entre la cuestión oficial de tratar de evitar una huelga azucarera en la Isla, obteniendo, si es posible, un precio sobre azúcar lo suficientemente alto que permita un aumento en los jornales de los obreros, y renovar sus viejas amistades con republicanos y demócratas del Congreso.

Pisándole los talones al Gobernador y al Comisionado Residente, el senador Luis Muñoz Marín ha iniciado su ronda de visitas "informativas" en un esfuerzo por pulsar al nuevo Congreso controlado por los republicanos en su probable actitud hacia las cuestiones portorriqueñas.

Considerándolo todo, los nuevos dirigentes de la rama legislativa del Gobierno han venido recibiendo un recordatorio breve, pero enérgico, de que Puerto Rico estará siempre presente en la primera sesión del Octogésimo Congreso, con sus problemas, sus necesidades y demandas.

De mi observación personal, y de lo que he podido oír de labios de miembros del Congreso y de los visitantes portorriqueños, las reuniones han sido gratas para los dos lados. Los republicanos parecen estar sinceramente interesados, y los portorriqueños parecen haberse contentado con meros preliminares antes que ejercer gran presión para que se hagan compromisos definitivos.

A excepción del gobernador Piñero, cuya capacidad oficial en asuntos gubernamentales requiere que logre sus objetivos, si es posible, el programa ha sido más bien un proceso de "pulsar la situación".

Creo que el señor Muñoz, como yo, ha descubierto que los miembros del Congreso que aquí pudieran considerarse "reaccionarios" en cuestiones relacionadas con Ohio, Pensilvania o Maine, se muestran bastante "liberales" en sus discusiones de los problemas de Puerto Rico, y en la forma de resolverlos.

Lo más afortunado que jamás le ocurrió a Puerto Rico fué la partida de Rexford Guy Tugwell de la gobernación de la Isla antes de que los republicanos tomaran el control del Congreso. La mayoría de los enemigos de Tugwell están todavía en la Cámara y el Senado, con la vital diferencia de que ahora dirigen el Congreso y sus diversos comités.

Esos senadores y congresistas, que en los breves años recién pasados pensaron de Puerto Rico en términos de tugwellismo, ahora sienten cierto visible placer en decir que "con Tugwell fuera del cuadro, todo debiera hacerse para ayudar al pueblo portorriqueño". Hay un toque irónico en el hecho de

que los hombres que fueron calificados de todo, desde fascistas hasta reaccionarios, y algunas veces otra cosa peor, puede que sean los legisladores que pudieran radicar y aprobar legislación que se necesita en la Isla y que la "favorablemente inclinada" administración demócrata dejó de aprobar en cerca de 14 años de control del Congreso y de la administración.

No sé lo que los republicanos harán en verdad por Puerto Rico. Todo lo que veo, no obstante, es una actitud favorable y un deseo marcadamente agradable de conocer los problemas de la Isla. No soy tan ingenuo que pueda figurarme que esos legisladores se apresurarán ciegamente a considerar incontables proposiciones y a enviar riquezas sin fin a la Isla para eliminar los arrabales, construir escuelas y hospitales, y levantar suficientes industrias para erradicar el desempleo. Puede que no hagan ninguna de esas cosas.

Pero si los republicanos se deciden a actuar para ayudar a Puerto Rico, creo razonable esperar que su acción tendrá por base valores reales e información respaldada por hechos— y no la emoción o teorías ideológicas. Puerto Rico tiene a mano los hechos para probar la necesidad que hay de más alojamientos, escuelas y hospitales. A los republicanos les gusta que se les sometan esos hechos, en blanco y negro, con las necesidades y el costo de cubrirlas claramente demostrados.

Esa es una situación distinta a la que prevaleció durante los años pasados, bajo un régimen demócrata, hay que admitirlo. En esos años se consideró suficiente para el Presidente y el exsecretario Ickes descansar en las peticiones que hacía Tugwell para que se hicieran demandas al Congreso. El Congreso jamás complació esas demandas, en parte porque había adversarios de Tugwell entre los republicanos y demócratas. Igualmente culpable fué la ineficiente dirección de un Congreso sobrecargado de legislación llamada "social" que dejó de llegar a las raíces de los males que la administración buscaba corregir.

El senador Hugh Butler, republicano, de Nebraska, y presidente del Comité de Terrenos Públicos del Senado, definió la nueva actitud ruda pero justiciaramente al decir que se daría cuidadosa atención a los problemas portorriqueños y que se tomaría acción cuando se tuviera a mano toda la prueba para resolver cada problema. De ahí la diferencia. No habrá acción alguna meramente porque "el señor X de Puerto Rico crea en lo que nosotros creemos". Más bien se tomará esa acción porque cierta prueba demuestra la necesidad definitiva de que se extienda ayuda específica.

Puede que haya tanta influencia política partidista en el Congreso republicano como siempre la hubo en el manejo de los asuntos de los 48 estados. Pero me parece que los portorriqueños la hallarán agradablemente imparcial.